

buena ninguna teoría sino aquella que se nos puede aplicar; y para esto es preciso considerarnos tales como somos, tener presente la molición de nuestras costumbres, el desarreglo de nuestras opiniones, nuestra inclinación á la licencia, la multitud de nuestras producciones literarias enemigas de la religion y de toda virtud, y la facilidad que todos tienen de leerlas y de empaparse en ellas. Para un pueblo de esta naturaleza es para quien yo creo temible la instrucción si no es religiosa; y pensar de otra manera es, no temo decirlo, no tener ningun conocimiento del corazón humano. No por esto se diga que la religion es enemiga de la instrucción del pueblo, no; por el contrario, ella es la que ha instituido esos modestos preceptores conocidos bajo del nombre de *Hermanos de las escuelas cristianas*, y esas sociedades de hijas de la caridad que bajo de diversas denominaciones se dedican en las ciudades y aldeas á la educación de las niñas de las clases mas indigentes y desamparadas. Ya en el siglo XII habia establecido el Concilio tercero de Letran que para no privar á los hijos de los pobres del beneficio de saber leer, hubiese en cada catedral un maestro encargado de instruirlos. Instrúyase por consiguiente cuanto se quiera al pueblo; pero instrú-

yasele ante todo en la religion, pues trabajar en ilustrarle mas sin procurar hacerle mas religioso, es caer en una de las mas graves faltas que pueden cometerse para desgracia de la sociedad, porque entónces en lugar de poner con precaucion antorchas de distancia en distancia para alumbrar en la oscuridad, se encienden incesantemente hogueras que pueden causar un vasto incendio.

Se me dirá acaso que en esta parte hablo como enemigo de las ideas *liberales*: ¿pero qué significa este language? ¿Qué es lo que se llama *ideas liberales*? Yo convengo en que la religion es enemiga de esas doctrinas predicadas de cien años á esta parte, que han sido tan *liberales* en blasfemias, en escándalos, en rebeliones, en divorcios, en suicidios, y en plagas destructoras del órden social: lo es en efecto y se gloria de serlo; pero ama las doctrinas *liberales* en sentimientos de respeto y de amor hácia la Divinidad, en piedad filial, en interes por el bien de sus semejantes, en sumision al órden establecido, en principios conservadores de la tranquilidad, de la libertad y de la felicidad general: las ama, las sostiene, y por mejor decir son la religion misma. La filosofia sin religion será tan solo una calamidad para los pueblos, y solo

en nuestros días ha sido cuando la primera ha levantado el estandarte de la rebelion contra la segunda, reuniendo á su alrededor todas las pasiones rencorosas y violentas, y haciendo en el mundo así moral como político estragos que nadie ignora. Recorred la historia, y veréis que todos los legisladores y todos los bienhechores de la humanidad han sido filósofos religiosos. Ciertamente fueron amigos á un mismo tiempo de la filosofía y de la religion esos grandes ingenios que en los últimos tiempos dieron impulso á todos los conocimientos humanos, Bacon, Descartes, Pascal, Galileo, Copérnico, Leibnitz y Newton, ante quienes debe humillarse nuestro orgullo; y cuando es constante que los mas sublimes descubrimientos del entendimiento humano se deben á hombres profundamente religiosos, ¿cómo se tiene la osadía de decirnos que la religion perjudica y detiene los progresos de la razon humana?

Paso á la tercera proposicion, á saber, que para que la educacion sea religiosa debe confiarse á hombres religiosos.

Es tal la ceguedad de nuestro siglo, que en él se piensa únicamente en la instruccion, sin atender en nada á la educacion: se procura ilustrar el entendimiento sin formar el corazon; y pare-

ce creerse que nada queda ya que hacer en beneficio del hombre, de las familias y de la sociedad, cuando se ha instruido á la niñez en los rudimentos del cálculo, de las artes, de las lenguas así antiguas como modernas, y de las ciencias naturales; no se quiere conocer que la instruccion mas vasta y general deja el corazon con todas sus debilidades; que no basta cultivar la inteligencia si no se fortifica la voluntad y no se precave á la juventud contra los ataques del vicio, y por último que es necesario buscar la fuerza principal en donde únicamente reside, en la religion.

No por esto pretendo que la educacion pública deba confiarse esclusivamente á los ministros de la religion. No; semejante proyecto, aunque fuese saludable, no podria realizarse. No puedo ménos sin embargo de hacerlos observar que durante los tres últimos siglos, los mas ilustrados de la Europa moderna, estuvo universalmente dirigida la educacion por individuos del estado eclesiástico, y que, si se ha de juzgar de ellos por el número de grandes hombres que supieron formar para las ciencias y las letras, para la magistratura, para la profesion de las armas, y para el gobierno de los estados; es preciso convenir en que se han manifestado

habilísimos en dirigir las almas, y en desarrollar las cualidades naturales de sus discípulos: en esta parte la experiencia responde victoriosamente á los discursos de sus vanos detractores.

Lo que ahora me propongo probar es que, cualquiera que sea la clase en que se busquen los preceptores y maestros de la niñez, es necesario que sean religiosos si se quiere que lo sea la educacion. Pero ¿en qué harémos consistir la religion, de que queremos se pénétre la infancia? ¿La harémos consistir acaso en algunas exterioridades, y algunos conocimientos estériles y vagos? No ciertamente, la verdadera religion consiste en una creencia fija, en la adquisicion de buenos hábitos, en la fiel observancia de prácticas saludables, en el respeto á las leyes santas del Evangelio, y en la sumision á la autoridad de aquellos que estan encargados de su divina enseñanza. En efecto, señores, sin una creencia fija, se cae en opiniones inciertas que casi ningun imperio tienen sobre los sentimientos y la conducta: sin hábitos profundamente arraigados la religion no haria en el alma mas que impresiones superficiales, y no tardaría en desaparecer: sin prácticas exteriores se convertiria en un *espiritualismo* vago é insignificante:

sin la observancia de los preceptos evangélicos seria una falsa piedad, y sin la sumision á la autoridad, cedería fácilmente á la voluntad de las pasiones y de los caprichos de cualquiera. Todas estas son cosas que hacen en la niñez impresiones vivas y durables, y forman una educacion verdaderamente religiosa; pero cosas que no hay que esperar sino del cuidado, de las lecciones y de los ejemplos de maestros sinceramente religiosos.

No es tampoco bastante enseñar vagamente la religion á los niños: no, el punto capital es hacer que tomen aficion á ella, que la amen y que la practiquen. ¿Y qué celo podrá tener para hacerla penetrar en el alma de los niños aquel que no tenga la suya penetrada de ella? ¿Qué interes tendrá en persuadirse la á los demas el que interiormente no vea en ella sino fábulas; aquel en fin para quien los misterios cristianos sean lo mismo que la mitología de los griegos ó de los indios? No se habla con convencimiento sino de aquello que se cree; con amor sino de lo que se ama; ni con energía sino de aquello que se siente profundamente. ¿Qué podrá en efecto decir á favor de la religion el que no cree en ella? Podrá por el bien parecer pronunciar algunas palabras sobre esta ma-

teria: ¿pero no serán necesariamente frias é inanimadas? No será poco feliz si no descubré su irreligion por algun lado. ¿Es en efecto creible que un hombre que está constantemente á la vista de una multitud de niños observadores, y aun puede decirse maliciosos, pueda ocultarles por largo tiempo sus malas opiniones? Nadie ignora con qué maravillosa sagacidad penetran los niños las ridiculeces, los defectos y los vicios de los que estan encargados de su educacion; se puede decir sin exageracion que son sus mas perspicaces espías; algunas veces basta una reflexion, una palabra, una sonrisa, un gesto, el silencio mismo para descubrir el fondo de una alma incrédula. Nada por consiguiente se les escaparia de cuanto pudiese hacerles sospechar la irreligion de su maestro; ¡y qué estragos no haria en ellos tan fatal descubrimiento!

Observen por el contrario los niños que la religion es la que dirige en todo su educacion; observen que sus misterios, sus preceptos, sus altares, sus ceremonias y sus prácticas son tratadas con aquel respeto, y aquella veneracion que procede del corazon, y entónces sentirán conmovidas sus almas. En su edad el corazon recibe fácilmente impresiones dulces y tiernas, y se los dirige mas bien por la autoridad y el

sentimiento, que por el racionio y la reflexion. Pero si aunque la religion no esté desterrada de la casa en que habitan, está en ella tolerada mas bien que honrada; si los cortos momentos que se le consagran parecen robados con sentimiento á ocupaciones que juzgan mas útiles; si en sus ejercicios religiosos se advierte el tedio y la disipacion que suele acompañarlos; en una palabra, si se trata todo lo respectivo á la religion de una manera que haga creer que mas bien se la sufre por política, que se enseña y se practica por convencimiento, entónces todo se perdió; dejó de haber educacion, ó por mejor decir, se hizo funestísima; y en lugar de adquirir la juventud aficion y amor á la religion, adquirirá solo tedio y desprecio hácia ella, y se apresurará á sacudir un yugo que le parecerá odioso y ridículo.

Estamos muy distantes, señores, de ser enemigos de las ciencias y de las letras; de querer apagar el celo que se emplea en cultivarlas, y de mirar como perdido el tiempo que se dedica á ellas. ¿Qué profesion ha dado á la Francia mayor número de grandes escritores, de grandes oradores y sabios de primer orden que el sacerdocio? Pero todo tiene sus justos limites, y cada cosa tiene sus épocas. En aquellos dias

en que vivian Petavio, Jouvency, Santeuil y Commire, Racine, Boileau, Bossuet, Fenelon, Massillon y la Bruyère se conocia á mi parecer la lengua de Homero y de Demóstenes, y la de Ciceron y de Virgilio; se sabia sacar de la lengua francesa todas sus riquezas y bellezas, y sin embargo en aquella época la religion era el alma y como el fondo de la educacion: entónces se sabia hermanar los ejercicios religiosos con los estudios literarios, y aun se creia muy sensatamente que la religion, purificando los sentimientos y llenando el alma de pensamientos nobles y generosos, aumentaba la fuerza del talento natural. Todo maestro público ó privado, encargado de la educacion de la niñez, que no anteponga la religion á todo, y á quien parezcan demasiado largos los cortos momentos que se le destinan, defrauda las esperanzas de las familias, se hace indigno de la honorífica profesion que ejerce, y parece no mirarla mas que como un oficio, cuando deberia ser á sus ojos una especie de sacerdocio.

No pensemos respecto de la educacion lo mismo que de los diferentes ramos de la administracion pública; en un hombre, por ejemplo, á quien se encargue la cobranza de los fondos públicos, bastará exigir inteligencia, exactitud y

probidad. Si sus costumbres no fuesen puras, y si en cierto modo desconociese la religion, se le podria compadecer y vituperar; pero esto no le impediria cumplir los deberes de su empleo: no así aquel á quien se halla confiado el sublime encargo de formar el espíritu y el corazon de la juventud. Este jamas debe olvidar que á cada momento debe ser la guia de sus discípulos por la sadiduría de su doctrina, y su modelo por la de sus acciones, y que por lo tanto todas las virtudes son para él deberes de su profesion. Yo bien sé que puede ser difícil encontrar tantas prendas reunidas; pero yo he debido mostrar el término; á otros toca esforzarse á llegar á él; la perfeccion consiste en conseguirlo, el deber se cumple procurando llegar á ella. Digamos pues sin temor de engañarnos: si en la educacion solo se aprecia la instrucion científica y literaria; si solo se trata de generalizar conocimientos de que es tan fácil abusar, despreciando el medio mas poderoso de evitarlo, y si no se procura que la juventud se inapregne de estas doctrinas religiosas que son el mas firme apoyo de las costumbres y de las virtudes domésticas y civiles, las nuevas generaciones serán aun mas corrompidas que las generaciones pasadas; y en lugar de regenerarse la Fran-

cia por la experiencia de sus desgracias, se romperá mas que nunca por la levadura de la impiedad y de todos los vicios que esta produce. Algunas brillantes apariencias podrán inspirar esperanzas lisongeras; pero señales terribles harán conocer bien pronto que una languidez mortal se ha introducido en el cuerpo social por el abuso de los mismos medios que cabalmente debían darle la vida y la salud.

¡Qué multitud de motivos, señores, para acogernos sinceramente á la religion. Pero, lo diré con dolor: hoy, en lugar de invocarla de todo corazón, se está alerta contra ella como si fuese un enemigo; se miran con recelo sus triunfos, y causan sobresalto los esfuerzos que hace para volver á levantarse, y renovar las virtudes que manda para la felicidad de los hombres; y se la observa con tanta inquietud como se observarían los movimientos de un ejército enemigo que amenazase invadir nuestras fronteras. ¿Y de dónde provienen tan injuriosas sospechas? ¿Estamos acaso en el tiempo en que un clero poderoso por su crédito, sus riquezas y su influjo político amenace la autoridad pública?

¡Ah! señores, nadie ignora todo lo contrario; pero bajo del velo de temores quiméricos respecto de nuestro ministerio, se oculta un ver-

dadero odio á la religion. Existe entre nosotros un pueblo de espíritus irreligiosos, pueblo inquieto, envidioso de todo poder que no sea el suyo: que habla continuamente del fuego del fanatismo en medio de la mas fria indiferencia, y clama violentamente contra el poder religioso para mejor asegurar su propio dominio: pueblo incorregible á quien no han desengañado treinta años de calamidades: que no conoce la Providencia ni por sus castigos ni por sus favores, y que con la mas horrible seguridad se ocupa en abrir un nuevo abismo en que podría sepultarse la sociedad con la religion: pueblo frívolo incapaz de gustar verdades sublimes; que sabe ménos lo que quiere que lo que no quiere: que teme conocer él mismo la necesidad de una religion, y que por lo tanto sueña algunas veces una religion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad sobre las almas; es decir, completamente inutil; pueblo engreido de orgullo, adorador exclusivo de sus propios pensamientos: que antepone sus sistemas á la experiencia de los siglos, dispuesto siempre á renovar los mismos errores para venir á parar á los mismos desastres, y que colocado sobre los escombros del altar y del trono, exclamaria lleno de alegría: Perezca la monarquía, y perezca el

cristianismo, con tal que triunfen nuestros sistemas: pero yo diria á estos novadores: suponed cumplidos vuestros deseos, desiertos nuestros templos, despojados de toda autoridad los ministros de la religion, y aniquiladas todas las creencias cristianas; suponed la Francia habitada solo por deistas ó ateos, y suponeos vosotros solos sus doctores y sus maestros. Ahí teneis ese pueblo frances abandonado á vuestra sabiduría; haced en él la experiencia de vuestros sistemas: yo no puedo figurarme que intentéis dejarle sin ninguna religion; porque ¿conocéis acaso en el universo un solo legislador que mire el ateismo como una de las bases del mundo social? Creo ademas que os avergonzaríais de seguir bajamente las huellas de algunos escritores comunes que se han salvado del olvido únicamente por la extravagancia de sus opiniones. Saldrá pues de vuestra cabeza una religion totalmente nueva y acomodada, segun vosotros decis, al estado actual de nuestros conocimientos: aparecerá por consiguiente un nuevo símbolo, una nueva moral, y un nuevo culto compuesto todo por vosotros. ¿Pero os figurais acaso que vuestro símbolo de *opiniones* cautivará mejor los entendimientos que este símbolo de *fe* que nos hace creer en un Dios criador, y en la

vida futura? ¿Pensais que vuestros preceptos filosóficos tendrán mayor imperio en los corazones, que esos preceptos de Dios que en su nombre nos mandan amar á nuestros semejantes, respetar su vida, sus derechos y su reputacion, y en los cuales se contienen todos nuestros deberes domésticos y civiles? ¿Pensais que vuestro sistema religioso será mas consolador, mas capaz de reprimir los vicios, y de animar al débil, que el cristianismo con la gravedad de sus doctrinas, la santidad de su culto, y la inmortalidad de sus esperanzas? ¿Y qué autoridad es tampoco la vuestra para dar una religion á los hombres? ¿En nombre de quien la daríais? Despues de haber tratado de imposura toda revelacion, ¿os atreveríais á anunciaros como hombres inspirados como enviados del cielo, y á hablarnos en nombre de Dios? No lo creo. ¿Hablaríais acaso en nombre de la razon? ¿Pero qué podríais responder al que os dijese que una razon que hace treinta años no ha sabido mas que trastornar el mundo es muy parecida á la locura? ¿Y es tampoco infalible vuestra razon? ¿No es débil y limitada como la mia? ¿Cuáles serian por consiguiente vuestros derechos para subyugar las almas? ¿Apóstoles sin mision y sin autoridad, vuestra religion excita-

ria la risa tanto de los cristianos como de los que no lo son! Si conociéseis el corazon humano, sabríais que no se forman sectas religiosas con opiniones sino con creencias; pero estas creencias no está en vuestra mano establecerlas. Dejados pues; todos vuestros sistemas jamas producirian mas que en unos un funesto ateismo, y un deismo inútil en otros; en el pueblo supersticiones extravagantes, confusion por todas partes, y en ninguna la verdadera libertad. ¡Desgraciada la Francia, desgraciada la Europa si confiase en vuestras luces! se arruinaria la sociedad. Pero no quiero entregarme en esta parte á tristes pensamientos: la religion ha triunfado siempre de sus enemigos, y seguirá triunfando de ellos para la felicidad del género humano; venció á los perseguidores y á los bárbaros; aun le resta conseguir una victoria nueva y mucho mas difícil; aun tiene que vencer á los sofistas. Quiera el Dios de Santa Clotilde y de San Luis, de Luis el Mártir y de Santa Isabel concederle este nuevo triunfo, y salvando la religion entre nosotros, salvar con ella la monarquía.

SOBRE

EL SACERDOCIO CRISTIANO.

Hoy, señores, vamos á tratar de un asunto en que se interesa vivamente la religion, y aun podemos decir la sociedad entera, si es cierto que entre ambas existen relaciones íntimas y necesarias, como pensó indudablemente el célebre Publicista que ha dicho estas palabras tantas veces repetidas: „¡Cosa admirable! La „religion cristiana que parece no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en la presente (1).” Hoy vamos á defender ante vosotros la causa del sacerdocio, á vindicarlo de las calumnias y de las invectivas de sus enemigos, y á presentarle tal como es en sí á aquellos que sin aborrecerle no tienen de él ideas bastante exactas, ha-

[1] Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. III.